

Aya Eliav

El árbol de la identidad

Vanguardia, hasta el 23 de noviembre

Jaime Cuenca

“AL olmo viejo hendido por el rayo/ y en su mitad podrido...”. Resonando en nuestra memoria los versos de Antonio Machado, resulta imposible no empatizar de entrada con la metáfora que propone Aya Eliav. Esta artista israelí, nacida en Tel Aviv en 1977, expone por vez primera en la galería Vanguardia, y lo hace presentando obra de sus últimos años. Aunque en distintos formatos y escalas, en su mayor parte las piezas de Eliav que aquí se reúnen giran en torno a la metáfora del árbol como imagen de nuestro itinerario vital. La muestra es un registro del camino de la propia artista en busca de su identidad. Esta búsqueda, como es bien sabido, cobra en Palestina unos contornos inquietantes: en una tierra dividida por férreas convicciones identitarias, custodia de lugares tan centrales para la auto-comprensión de muchas personas, la búsqueda de la propia



La muestra es un registro del camino de la propia artista en busca de su identidad

identidad puede tomarse un ejercicio peligroso. En esta dirección apunta el vídeo que encontramos al entrar en la galería, *Local Denial (Negación local)*: un hombre y una mujer, ambos jóvenes, ambos enfundados en un uniforme militar y con los ojos vendados, se disparan alternativamente en el marco de un paisaje desértico. Ambos soldados se disputan la nada que les rodea, en un duelo inviable y sin sentido del que no

pueden salir. La identidad de cada uno es aquí una oposición ciega, un esconderse cara a cara frente al prójimo, a quien se necesita tanto como se combate. A partir de ahí, las raíces y ramas que aparecen en el resto de obras de la muestra adquieren una capa extra de significado. Salvo un solo cuadro de gran formato, el resto de piezas muestran, o bien raíces separadas del tronco que sustentan, o bien ramas desgajadas de cualquier extensión subterránea. Parece como si se quisiera enfatizar la oposición entre estos tentáculos orgánicos que, sin embargo, pueden adquirir formas análogas mientras atraviesan la tierra o el aire. Esta polaridad de lo aéreo y lo terráqueo, lo móvil y lo inmóvil, la luz y la sombra mantiene su ensión hasta reconciliarse en un único árbol que parece estar brotando del suelo a toda velocidad, pero ya viejo, ya hendido por el rayo. Las metáforas, ya se ve, son grandes viajeras en el tiempo y en el espacio.



Woods
1013



Remigio Mendiburu

Ensamblajes orgánicos

Windsor, hasta el 30 de noviembre

REMIGIO Mendiburu (Hondarribia, 1931; Barcelona, 1990) fue uno de los grandes representantes de la escuela escultórica vasca y contribuyó, junto a Oteiza, Chillida y Basterretxea, a inventar un vocabulario formal muy peculiar y reconocible que, en buena medida, ha configurado la sensibilidad estética en el País Vasco durante las últimas décadas. Junto a los ya mencionados, y otros autores como Amable Arias, Rafael Ruiz Balerdi o José Luis Zumeta, formó parte del grupo Gaur en 1966. En aquel mismo año fue seleccionado para participar en la prestigiosa Bienal de Venecia, momento a partir del cual su trayectoria despegó definitivamente.

La galería Windsor reúne ahora obra suya en diversos formatos, permitiendo así al público dar un rápido vistazo a los rasgos fundamentales de su lenguaje compositivo. En todas ellas se aprecia una tendencia a yuxtaponer elementos que parecen orgánicos en su

forma, constituyendo estructuras complejas. El resultado no es el de un aparato artificial, sino más bien el de un cuerpo natural conformado por módulos elementales, como las colonias de coral. Esta sensación queda definida especialmente por el colorido que irradian las obras sobre papel y sobre tejido. En el caso de las piezas tridimensionales, incluso cuando trabaja otros materiales, puede verse cómo es la madera el soporte que definió el estilo de Mendiburu. Su versatilidad y su organicidad se dejan notar incluso en las esculturas metálicas, lo que es sin duda un mérito achacable a la inteligencia compositiva del artista. Lograr que los materiales transmuten sus cualidades, que a un metal sólo le falte el tacto cálido o la veta para convertirse en madera, esto representa una virtud alcanzable por pocos artistas. La muestra de Windsor es una ocasión inmejorable para recordar la obra de quien es ya un clásico.

Recuperando a Miguel Marina

Colegio de Abogados, hasta el 13 de noviembre

POCOS, muy pocos, reconocerán la obra de Miguel Marina, una buena muestra de la cual se expone ahora en el Colegio de Abogados. Vuelve a su Bilbao natal tras un largo periplo por el exilio republicano que, parece mentira, sigue deparándonos ausencias irremediables. Tras la Guerra civil, Miguel Marina emigra a Venezuela y, tras muchas idas y vueltas, acaba instalándose en California. Es allí donde se dedica de lleno a su pintura y crea una peculiar obra de voluntad eminentemente pre-moderna. En la

pintura de Miguel Marina, el Renacimiento no ha sucedido. Sus figuras alargadas y hieráticas, de enormes manos y ojos, parecen sacadas de una ermita románica o de una tabla bizantina. Hay en ellas una espiritualidad arcaica que se recrea con frecuencia en escenas piadosas tradicionales, como la Anunciación o la Pasión. Pero estos lugares del dogma los revisita Marina haciendo uso de una imaginación asombrosamente poética. Pinta con la alucinada clarividencia de Chagall y también con su profundo sentido na-

rrativo para el símbolo. Los rojos y azules de Marina, propios de la vidriera de una catedral, conforman un mundo personalísimo que, hacia el final de su vida, se fue poblando con recuerdos y ensueños de su tierra vasca perdida. Porrones de vino, hombres con *txapela*, chalupas y platos de bacalao se mezclan en unos paisajes chatos y nocturnos sobrevolados por ángeles. Es esta atmósfera alucinante la que rescata la emoción religiosa o la nostalgia de su tierra de cualquier tentación kitsch. Al contrario, aquí puede



Músicos

verse la potencia creadora del arte, capaz de dar un cauce universal a los recuerdos particulares de un ser humano. Hoy nos encontra-

mos con Miguel Marina y no podemos dejar de sentir en sus alargadas figuras el hábito frío de su exilio.